

La globalización de la democracia

Jean-Francois Revel

La defensa de la democracia a nivel global es tarea que debe adelantarse con firmeza y, en concreto, mediante un compromiso de las grandes potencias con “una política mundial de la democracia”, es decir, con un combate frontal del totalitarismo que es necesario ejecutar —en opinión de Revel— aun a despecho del principio de no intervención¹.

P. En casi todos los continentes, asistimos desde hace algunos años al triunfo de la democracia liberal. ¿Qué reflexiones le señala esta evolución?

R. —Permitame matizar su afirmación: la democracia no se impone en todas partes, ella es reclamada por todos. Todos los países, incluyendo a los que se encuentran lejos de contar con los medios para ponerla en práctica, están reclamando la democracia y la economía de mercado. Lo que sí es novedoso, es que las dos cosas han sido percibidas, en adelante, como ligadas. Desde luego, durante 150 años el socialismo fue concebido como la prosperidad para todos y como la perfección de la democracia política; bruscamente la situación ha cambiado: hoy, el socialismo es el obstáculo a la prosperidad; y la economía de mercado la que se convierte, también a los ojos de los antiguos socialistas, en el instrumento de acceso a la democracia política. ¿Habremos llegado, por tanto, a un punto sin regreso? No lo creo. Debemos estar atentos.

Los socialistas pretendían prepararse para el advenimiento de un mundo perfecto. También nos pedían a nosotros los liberales presentar en contrapartida una sociedad que fuera igualmente perfecta. ¡Pero nosotros nunca afirmamos que la democracia, el mercado, el capitalismo apuntaran a la perfección! Nosotros simplemente habíamos dicho que era el menos malo de los sistemas, cosa que la historia ha demostrado. ¿Tendríamos que suprimir la libertad de expresión y de creación bajo el pretexto de que no todos los libros son obras maestras? Evidentemente no. La democracia cambia esta lógica.

P. ¿Qué piensa usted de la tesis, notablemente desarrollada por Francis Fukuyama, según la cual la historia ha llegado a su fin? ¿No testimonia ella la negación de la responsabilidad personal, aun la expresión de una cierta nostalgia religiosa que hará del hombre el instrumento de alguna cosa que lo superará?

I TRIMESTRE 1993

R. Primero quisiera hacer una distinción entre el libro de Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, libro rico y profundo, y el *slogan* simplista al cual algunas veces es reducido. Yo respondería al *slogan*. Para mí, la persistencia de esta manera de enfrentar el curso de la historia es un residuo del pensamiento hegeliano, un pensamiento de alguna manera *mágico* que encontramos desde la antigüedad en los estoicos, y posteriormente en Bossuet. Bossuet creía en la Providencia; él pensaba que la historia estaba dirigida por Dios. Pero en nuestra concepción, que es una concepción civil y laica, la historia depende de la parte de libertad humana que nosotros podemos introducir dentro del determinismo de las causas objetivas que nos rodean. La historia con una gran H no existe; ella no es sino la colección de hechos que se desarrollan. Aristóteles, que era un genio, creía que el aire tenía una tendencia espontánea a ir hacia lo alto, que la piedra tenía una tendencia espontánea a ir hacia lo bajo, y que los diversos elementos estaban habitados por fuerzas escondidas que los conducían hacia un destino natural. Hegel trasladó esta concepción a la historia porque después de Kant no era posible conservarla dentro de las ciencias naturales; pero también era ingenua dentro de la historia como lo había sido dentro de las ciencias naturales. De esta filosofía superada subsisten automatismos verbales, expresiones hechas, de las cuales todavía somos prisioneros. Cuando nuestros políticos hablan de tener una cita con la historia, eso no significa gran cosa. En realidad, el hombre no tiene cita sino consigo mismo, la historia sólo pone los elementos. Si quisiéramos tener una cita con la historia, está en nosotros organizar el encuentro.

P. ¿En qué momento advirtió los primeros signos de lo que usted llama, en su penúltimo libro, el "retorno democrático"?

R. Durante la primera mitad de los años 80, con el fracaso de los movimientos revolucionarios en América Latina y la caída de Marcos en Filipinas. Entonces un doble fenómeno se produjo: por una parte, los países en vía de desarrollo comprendieron que los regímenes autoritarios no eran tan eficaces como pretendían serlo; y, por otra parte, las grandes potencias, particularmente los Estados Unidos, se dieron cuenta, que ya no hacían parte de sus intereses el proteger las dictaduras, fuera por razones políticas o geoestratégicas, fundándose en la idea de que ellas constituían una muralla contra el comunismo o los movimientos revolucionarios.

P. Sea que se trate de regímenes comunistas o de dictaduras llamadas "de derecha", ¿cómo analiza las razones de su caída?

R. Encuentro muchas. En el caso de Venezuela en 1959, en el de España en 1975, o en el de Chile durante Pinochet, hacíamos un balance crítico que no se extendía a la sociedad civil y a la economía. Estos tres países conocieron bajo la dictadura un desarrollo económico considerable; mas, paralelamente, vieron emerger una clase media para la cual, muy rápido, el sistema militar fue insostenible. El caso de las dictaduras comunistas es totalmente contrario: el fracaso económico, el daño general e irreparable a un

sistema intrínsecamente despojado de viabilidad despertó la necesidad de libertad y el deseo de despedir a los incapaces sospechosos de la nomenclatura marxista-leninista. En el Tercer Mundo, encontramos una variedad de situaciones derivadas de las precedentes. Perú cayó, de 1968 a 1981, bajo un golpe militar de izquierda que condujo a una política de nacionalización catastrófica: durante ese periodo, el PNB registró un retroceso del 60%. Los peruanos terminaron por entender que necesitaban una transformación. En África, todos los casos están representados. Países de tipo marxista, ciertamente soviético, como Etiopía, Angola, Guinea y Benin, coexistieron con dictaduras propiamente africanas, como en Zaire o en Zambia. Allí también, la población se dio cuenta que la fórmula de la economía de mercado-democracia política era la única que funcionaba realmente, y que el sistema socialista estaba fuera de perspectiva.

P. Una palabra todavía más sobre el caso específico de los regímenes comunistas. Durante mucho tiempo vivimos con la idea de que el comunismo era irreversible. Desde luego los acontecimientos recientes han demostrado lo contrario. De allí estas dos preguntas: en primer lugar, ¿cómo explica usted la súbita transformación de esta tendencia? Y, en segundo lugar, ¿está usted de acuerdo en que tal transformación es, a su vez, irreversible?

R. El comunismo jamás dejó de ser irreversible. En ciertos casos, hubiera sido fácil obtener éxitos estratégicos. En 1956 Moscú no creía poder conservar a Hungría. ¿Por qué no se supo aprovechar la situación? Igualmente habríamos podido, con un simple pestañeo, impedir la construcción del muro de Berlín en 1961. Ahora sabemos que las tropas soviéticas tenían la orden de interrumpir inmediatamente la construcción del muro si los americanos hubieran enviado sólo tres carros. Si el comunismo territorial ha obtenido tantas victorias es por la extraordinaria cobardía de las democracias en política extranjera. Por principio ellas consideran que toda resistencia a un agresor produce miedo al que resiste, por poco déspota que sea el atacante. Continuamos teniendo esta actitud frente al mundo árabe y frente al terrorismo —salvo algunas excepciones cercanas—: fue necesario que Kadhafi desplegara sus talentos durante más de una veintena de años para que nos decidiéramos a manifestar un cierto mal humor. Y todavía, con prudencia...

En 1991, una coalición internacional, de la cual hacían parte los principales países árabes, expulsó a Saddam Hussein de Kuwait. Pero esta coalición no se atrevió a derrocarlo, dejando en el lugar una fuente poderosa de perturbaciones internacionales y de masacres internas. Es un poco como si, al final de la Segunda Guerra Mundial, los aliados se hubieran contentado con reconducir la *Wehrmacht* a la frontera, dejando en pie al régimen hitleriano. ¿Para qué entonces una victoria, si desperdiciamos sus beneficios políticos? Desde luego Saddam no tiene ninguna legitimidad, ni de tipo clásico —hereditario— ni de tipo moderno —democrático—. Es un asesino que accedió al poder a través de un golpe de Estado y que se mantuvo en él gracias a un pelotón de ejecución. Vemos que las democracias tienen frente a todo régimen totalitario falsamente progresivo la misma política exterior timorata que tenían frente al comunismo: ellas aplican la "contención" —poca por demás—; no "atacan" jamás.

Para volver sobre la pregunta, el comunismo es irreversible en la medida en que es imposible corregirlo. El hundimiento total es sólo una de las formas de reversibilidad que le conocemos. Cuando afirmamos que el comunismo es reversible, es como si dijéramos que alguien que acaba de morir está curado. Cuando estamos muertos, ¿no nos hemos curado de todas las enfermedades? Pero la verdadera reversibilidad, es diferente. Ella implica la idea de reforma y de transformación.

P. Concretamente, ¿cuáles son los factores que precipitaron la caída del imperio soviético?

R. La pregunta esencial, en el tema de la Unión Soviética no está en saber por qué se derrumbó en 1991 sino en por qué no se había derrumbado antes. Desde 1921, en el momento en que Lenin lanzó la NEP, el desastre estaba consumado. Como haya sido, le doy tres explicaciones a esta paradójica longevidad: primera, la ayuda de Occidente; segunda, el prestigio internacional que la URSS tuvo a raíz de su participación involuntaria, al lado de los aliados, en la Segunda Guerra Mundial; tercera, las “virtudes” del sistema totalitario en sí mismo, que llevaron a enmascarar las plagas de la economía, la miseria de la población y las atroces condiciones de vida, pretendiendo además que toda marchaba bien. Y si no siempre todo marchaba bien, se mataba a la gente para evitar su testimonio.

Y entretanto, no obstante nuestra contención, nuestra ayuda económica, y nuestra complacencia en política exterior, el sistema central terminó por desbaratarse. En este proceso, no hay que subestimar el papel de ciertos dirigentes occidentales. De esta manera, sin Ronald Reagan, que armó a la resistencia afgana, la armada roja habría logrado sin duda tomar posesión completa de Afganistán, Pakistán no hubiera tardado en caer a su turno dentro de la escarcela o bajo la influencia predominante de los soviéticos, siguiendo después la India. De haberse producido esto la URSS habría podido mantenerse veinte años más.

La iniciativa de defensa estratégica americana (IDS) igualmente sirvió de detonador de la dislocación del sistema soviético. En asuntos como los del espacio, los armamentos convencionales, las armas atómicas de primera generación, los soviéticos habían logrado seguir. Con el IDS, por el contrario, ellos se sintieron irremediamente superados desde el punto de vista tecnológico. Vieron claramente que no podían recuperar su retraso. Los dirigentes perdieron la moral. Ellos comprendieron que ninguna otra estrategia, ningún artificio del género de la contención, ninguna mentira los llevaría a paliar o a moderar su caída.

P. En un artículo del *Nouvel Observateur*, Pascal Bruckner, el autor de la *Mélancolie démocratique*, realiza un elogio de su obra, pero le hace pasajeramente un reproche: condenando globalmente a la izquierda, usted ignora, según él, la valentía de ciertos de sus intelectuales, especialmente Morin, Castoriades y Lefort. ¿Cómo responde usted a esta crítica?

R. Yo jamás he puesto en entredicho la existencia, en el seno de la izquierda no comunista, de una tradición de resistencia al totalitarismo soviético. No desconozco que se realizó en Francia una reunión que se llamó el *Congreso de Tours*, en el cual se produjo la separación entre los comunis-

tas y la SFIO. Toda una parte de la izquierda se opuso entonces al leninismo y al sistema de partido único. No desconozco tampoco que líderes como Jules Moch, Guy Mollet, Willy Brandt y Felipe González, en distintas épocas, eliminaron la referencia marxista de sus programas respectivos y condenaron el comunismo totalitario. Ahora bien, es reconocido por todos que el anticomunismo de la izquierda socialista occidental ha pasado por altibajos. No olvidemos, recordando un periodo reciente, que en Francia, a partir del programa común, en 1972, fue prácticamente prohibido hablar mal de la Unión soviética y del comunismo en cuanto tales. La *Tentation Totalitaire*, que publiqué en 1976, no criticaba el socialismo; al contrario, sostenía que el mundo entero se convertiría en socialista; yo entendía por ello que crearíamos sociedades solidarias; pero agregaba que la única forma de socialismo auténtica era aquella que funcionaba en los países capitalistas. En cambio condenaba sin ambigüedad al comunismo al afirmar que el partido socialista había transitado por una ruta equivocada al aliarse al Partido Comunista. Resultado: ese libro fue masacrado por los socialistas que, por otra parte, en este punto habían interiorizado los métodos stalinistas con los que me habían ya atacado los comunistas. ¿Por qué negarlo? En los años 70 existieron indiscutibles acercamientos entre la Internacional socialista y la Unión Soviética. Todos los dirigentes socialdemócratas, desde Olaf Palme hasta Francois Mitterrand, tomaron el camino de Moscú. La presidencia de Brandt de la Internacional socialista fue para esta organización un periodo prosoviético sin precedentes desde 1974.

P. En la víspera de su partida hacia la URSS, en 1975, Francois Mitterrand alcanzó a declarar que la contribución de Bresnev a la paz sería entendida, más tarde, como una contribución inmensa...

R. Exacto. No hay nada sorprendente en ello. Cuando se examina el programa común, se percibe que está compuesto, el 90%, por elementos extraídos de la doctrina marxista más pura. La alianza intelectual con los comunistas, con el comunismo moribundo, constituyó el gran giro del Congreso de Epinay, verdadero repudio a aquel de Tours. En cuanto a Alemania recordemos que en 1987 el Partido Socialdemócrata Alemán, el SPD, firmó una declaración programática común con el SED, el Partido Comunista Este-alemán. Recordemos también que la Internacional Socialista, reunida en el congreso de Lima en 1989, aprobó la necesidad de condenar el régimen de El Salvador, el cual había sido elegido democráticamente en condiciones difíciles, pero el cual se temía fuera declarado de derecha. Por el contrario, ella no tuvo una palabra de reproche contra Fidel Castro ni contra los sandinistas, que todavía estaban en el poder. Estos son los hechos. En cuanto a Castoriades, Morin y Lefort, de quienes usted habló hace un momento, indiscutiblemente, al día siguiente de la Segunda Guerra Mundial —o posteriormente en 1960—, Edgar Morin criticó la burocracia soviética. Pero su punto de vista era trotskista. Al retomar la tesis expuesta por Trotski en la *Revolución Traicionada*, ellos acusaban al stalinismo de haberse separado del verdadero comunismo. Trotski no reprochaba a Stalin sus tendencias autoritarias y antidemocráticas; le reprochaba, al contrario, el haberse aburguesado, lo que es totalmente diferente. Morin, es verdad, se ha transformado

mucho; pero yo no lo he escuchado, a pesar de todo, pronunciarse abiertamente en favor del liberalismo democrático y de la economía de mercado. Castoriades se mantiene fiel a sí mismo: en 1990, en ocasión de un coloquio en México, todavía lo escuchaba decir que el capitalismo estaba proscrito, y que la democracia cimentada en las elecciones no era sino una ilusión, un error destinado a abusar del pueblo...

P. ¿Cómo explica usted la fascinación que ejercen en ciertos intelectuales las dictaduras sanguinarias? Si no me equivoco, Robert Escarpit admiraba la Albania comunista, Norman Mailer y Jean-Edern Hallier escribían páginas elogiosas sobre Cuba...

R. Jean-Edern Hallier escribió páginas de gran admiración sobre todo el mundo incluyendo a Pinochet. Su motivación es más práctica que ideológica. Seamos serios. Por definición el intelectual tiende a confiar en un sistema utópico y en la posibilidad de que éste sea aplicado tal cual a la realidad. De allí que lo juzgue benéfico, y considere tener el derecho moral de obligar a los otros a aceptar esta utopía, si es necesario por medio del terror. Pero sobre todo es esencial, para estar a la moda en las sociedades liberales, mantenerse en la oposición. Un intelectual favorable al gobierno, especialmente si es de derecha o de centro, es considerado, digámoslo con firmeza, como un cojo. ¡Imagínese lo que hubiera sido un Norman Mailer si hubiera defendido la causa de Nixon, o también la de Kennedy! O a Gunter Grass: en la época en que era socialdemócrata no despertaba tanto interés, se entiende, desde el punto de vista político. Pero a partir del momento en el que se orientó hacia la ultra izquierda e hizo campaña con los pacifistas, sólo se habló de él. En el fondo, los intelectuales ocupan, en las sociedades democráticas, una posición muy cómoda: no sólo el *status* de opositores no les implica ningún problema sino que, a la inversa, su prestigio se fortalece. Personalmente no estoy de acuerdo con esta concepción: el rol del intelectual debe consistir en decir la verdad o decir lo que él cree es la verdad. Si un movimiento democrático hace buenas cosas, no debemos tener miedo de reconocerlo.

P. Se puede entender que Sartre hubiera escrito un artículo como Ourgan sobre el azúcar en 1960; pero ¿cómo explica usted que en 1992, treinta años más tarde, ciertas personas continúen afirmando que Cuba no es un régimen totalitario y que Fidel Castro es un gran hombre?

R. Por vanidad: para los intelectuales es difícil admitir sus errores; si algunas veces lo hacen es bajo la condición de poder decir que ellos fueron los primeros en hacerlo. Ellos quieren atribuirse la exclusividad de la refutación de sus propios errores y pasan muy soviéticamente en silencio sobre los autores que simplemente no los cometieron. Hay una trinchera que es muy pesada sobre el debate público. Además, ellos están naturalmente dispuestos a defender un sistema que ofrece al intelectual de Estado una posición aventajada. Tomemos a García Márquez. Cuando Vargas Llosa y él visitaron los países del este y la Unión Soviética hacia finales de los años 60, sus ojos se abrieron. García Márquez también se convirtió en crítico de los regímenes comunistas como Vargas Llosa. Pero allí donde Vargas Llosa cambió inmediatamente de pensamiento, García Márquez perseveró: "Yo, de-

claró a Vargas Llosa, los continuaré apoyando, así no les crea más, porque el futuro les pertenece. Ellos son los más fuertes; mañana serán ellos los que dirigirán las enciclopedias y las historias de la literatura; yo espero figurar". ¡Vemos en lo que se apoyan los vínculos políticos!

P. Piensa usted que el modelo liberal puede aplicarse al conjunto del planeta, y que el papel de los occidentales será el de intervenir en el proceso de universalización?

R. Cuando yo escucho decir que Occidente no tiene el derecho de imponer su modelo a los países en vía de desarrollo, respondo que esta es una cuestión que ya está hecha. Desafortunadamente, de los dos modelos occidentales, el Tercer Mundo escogió el peor. Todos los países africanos, o casi todos, copiaron el modelo soviético: Angola, Benin, Etiopía, Guinea, Madagascar, Mozambique, sin olvidar Argelia que optó por un socialismo totalitario, y Tanzania que inspirándose en China, aplicó reformas agrarias insensatas. Sin ser totalitaria la India igualmente se inspiró en el modelo soviético para su gestión económica. Nehru era un apasionado admirador de la URSS. Ni hablar de la China, o de Vietnam, países del Tercer Mundo que importaron el comunismo occidental...

Es tiempo, no para imponerles, ya que ellos mismos lo solicitan, sino para enseñarles a poner en práctica un buen modelo, el del capitalismo liberal. ¿Se puede aclimatar el modelo, sin causar daños, en todas partes e inmediatamente? Ciertamente no. La democracia no es un sistema totalitario: no es una utopía que se impone por decreto. Es una acumulación de actos individuales, un largo aprendizaje que no se hace en un día. Las situaciones intermedias pueden ser considerables. Al mismo tiempo que en África del Sur se vivía todavía bajo la ley del *apartheid*, hace unos quince años se manifestaba un elemento de la democracia importante: la independencia de la justicia. Frecuentemente el gobierno de Pretoria fue obligado a liberar a los prisioneros políticos o a autorizar la reaparición de un periódico. En cierto sentido, la justicia Surafricana era más independiente del poder político que la justicia francesa. No debemos pretender transferir a Nigeria el régimen de Westminster o el de la confederación helvética, pero es posible poner en camino ciertas piezas del motor democrático —especialmente desmantelando el sistema absurdo de cooperativas agrícolas y suprimiendo los precios impuestos que obligan a los campesinos a vender sus productos por encima de la corriente mundial con el fin de poder alimentar a bajos precios a las muchedumbres en las ciudades—; se trata pues de un sistema perverso que favorece el crecimiento anárquico de los megalómanos. Pero allí también, como en los países ex comunistas, los daños son muchas veces muy difíciles de reparar. El mal es tan grande que no es suficiente con decir "nosotros queremos regresar a la economía de mercado" para conseguirlo.

También en las sociedades poco desarrolladas y devastadas por los odios étnicos un pequeño principio democrático y de mercado puede mejorar las relaciones humanas y abrir perspectivas de vida con dignidad. Auténticas democracias occidentales declaran frecuentemente con tristeza: "África no está madura para la democracia". Sin duda el Este lo está menos. Pero lo está menos para la dictadura, a juzgar por los desastres engendrados por la

lúgubre serie de todos los Sekou Toure, Mobutu, Boumediene, Megistu, Nyérére, Ratsiraka y otros Syad Barré.

P. ¿Existe un lazo indisoluble entre democracia y desarrollo? ¿El extraordinario dinamismo económico de los dragones de Asia no tiende a probar lo contrario?

R. Una vez más, la democracia no es perfecta de un sólo golpe. No debemos dejarnos encerrar por las modas de pensamiento totalitario. El socialismo es una utopía. Los socialistas nos dicen: "Este es mi modelo, es perfecto. ¿Qué le oponen ustedes que sea tan perfecto?". Ellos quieren ser juzgados sólo sobre su ideal, mientras que ellos juzgan el capitalismo democrático sobre sus realizaciones. No, hay que negarse a esta trampa. La utopía es un absoluto con un sólo defecto: el de no existir. La democracia es relativa, pero tiene la ventaja de la existencia. El hecho de que, en los dragones exista un mercado autónomo constituye en sí una forma de democracia. Si usted puede poseer su propio almacén y jugar con la ley de la oferta y la demanda vendiéndole a los turistas radios o grabadoras al precio que ellos están dispuestos a pagar y que usted está dispuesto a consentir, usted hace parte ya de una democracia. La prueba: estos países, particularmente Corea del Sur, Taiwan y Singapur, están en el proceso de llegar a la democracia política. El mismo fenómeno se presentó en España en los años 60-70. Todo lo que Franco pedía era que no lo atacaran en el plano personal. En lo demás era posible hacer negocios libremente. Entonces se formó una clase media ilustrada, activa y próspera, que no podía soportar más la ausencia de libertad política y que constituyó el soporte de la transición democrática.

P. Hasta la caída del comunismo, se oponía generalmente la *realpolitik* a la moral en nombre de la lucha contra el enemigo principal. ¿Usted no cree que esta oposición un poco maquinada también se derrumbó?

R. Usted tiene toda la razón. Para mí, el capitalismo liberal —y en este punto estoy de acuerdo con Michael Novak, así no comparta sus convicciones religiosas— debe estar subordinado a criterios morales. En este momento es indispensable. La democratización es ya un hecho: podemos darnos cuenta que hoy hay más países democráticos o en vía de democratización que hace veinte años. Por primera vez en la historia del mundo, la mayoría de los aproximadamente 160 Estados representados en la ONU se han unido o están en vías de unirse al terreno de las democracias. En segundo lugar, es una necesidad práctica, no solamente sobre el plano económico, sino sobre el de los derechos humanos y sobre el equilibrio político del planeta. Entramos en un período en el que no se aceptará más que un dirigente como Saddam Hussein masacre a sus propios ciudadanos, sean ellos kurdos o shiitas, ni que un dictador comunista serbio juegue la carta nacionalista para afianzarse en el poder y manchar de sangre las etnias no serbias. Nos encaminamos hacia un derecho internacional en el cual sólo los regímenes dotados de legitimidad democrática serán reconocidos. Hoy ningún país puede pretender vivir en la autarquía. La presencia en la dirección del Estado de locos peligrosos, de dictadores incompetentes o de dirigentes irresponsables que conducen a sus países a la ruina, como Rafsandjani o Fidel Castro, constituye un factor de perturbación para el conjunto del globo. Las atrocidades

que una dictadura puede cometer al interior de sus fronteras implican repercusiones internacionales que nos afectan a todos directa o indirectamente. Es por eso que el derecho de injerencia se impone como una necesidad. En tercer lugar, la democracia es también un problema en la medida en que no disponemos todavía de herramientas jurídicas adaptadas a esta nueva concepción del derecho y que en muchos países no se ha adquirido la madurez cultural necesaria.

P. ¿Está usted a favor del derecho de intervención en otros países?

R. Si en un país la autoridad política no es elegida por alguna forma de consenso, el régimen no podrá ser considerado como legítimo y, por ende, no podrá hablarse de injerencia por parte de los defensores de la libertad. Es verdad que Hitler fue elegido por los alemanes. Pero el *Führer* se cuidó de ser descubierto por el pueblo. Organizar las elecciones una vez no es suficiente para hacer nacer la democracia. Es más, la elección es ciertamente una de las condiciones de la democracia pero está lejos de ser la única.

P. ¿En Argelia, aprueba usted el golpe de Estado que permitió evitar la llegada al poder del FIS?

R. Argelia se encuentra en la misma situación no solucionada de los antiguos países comunistas. De allí que si el FIS había anunciado su intención de destruir la democracia, no podíamos permitirlo. Pues, lo repito, la democracia no consiste en ganar las elecciones una sola vez. Las elecciones son la llave que abre la puerta de la casa democrática, pero no son la casa misma. De otro lado, los adversarios del FIS son una mafia ilegítima. A este problema ha conducido el socialismo en Argelia.

P. ¿El Islam es compatible con la democracia?

R. No, porque el Islam es incompatible con el mundo laico. Ciertamente tenemos el ejemplo de Turquía, que tuvo en este punto un triunfo: pero hizo falta para ello que Kemal Atatürk violara el Islam. Comparamos frecuentemente el mundo islámico con el occidente medieval. Es un paralelismo totalmente falso. En el occidente medieval, la iglesia ocupaba un lugar infinitamente superior al que ocupa la musulmana hoy en día. Pero existe un derecho civil distinto al derecho eclesiástico —un derecho civil que se deriva del derecho romano y de los derechos consuetudinarios que no aplicaban exclusivamente la doctrina cristiana a la vida en sociedad. Desde luego, dentro de los países musulmanes, la costumbre sustituye al derecho. De la misma manera Estados democráticos, como Pakistán, han adoptado la ley del Corán. La Constitución política, el derecho privado, todo es determinado por la religión.

P. En su libro, *Le regain démocratique*, usted evoca la necesidad de inventar "una política mundial de la democracia". ¿Podría usted, en forma un tanto concreta, precisar qué es lo que usted entiende por ello?

R. Cuando hablo de "política mundial de la democracia", no quiero decir un gobierno mundial. No hay que confundir las dos cosas. Por ahora la utopía de un gobierno mundial único debe ser descartada. Pienso simplemente que el grupo de naciones democráticas —que, si exceptuamos China, se confunde con las grandes potencias— tiene el deber de favorecer toda evolución que se oriente en el sentido de la democracia. Pero estamos muy lejos de

llo: cuando en 1988 el gobierno del FLN disparó sus ametralladoras sobre los niños en las calles de Argelia, el gobierno Francés, por única respuesta, se apresuró a enviarle algunos millones de francos.

Cometemos el mismo error frente a China precisamente. Hubiera sido necesario, inmediatamente después de Tiananmen, que Gran Bretaña dijera claramente a los dirigentes de Pekín: "Lo sentimos, pero el acuerdo respecto a Hong Kong no sigue vigente. Queremos respetar los términos del arrendamiento, pero no para entregar a la pobre población de Hong Kong a una dictadura sanguinaria". No se hizo. Sin embargo, una reacción de este tipo hubiera puesto en la encrucijada a los chinos para quienes Hong Kong reviste una importancia primordial. En su inocencia, los comunistas creen que tomando Hong Kong tendrán acceso, sin abandonar su propio sistema, a las riquezas de los capitalistas.

En cuanto a Vietnam, intentamos actualmente, con la energía de la desesperación, remendar esta especie de momia disecada que es el gabinete político de Hanoi, imaginándonos, una vez más, que los comunistas serían capaces de convertir el totalitarismo en productivo y humano. No veo por qué no obligáramos a Vietnam, que depende totalmente de la ayuda extranjera, a organizar elecciones, como se lo impusimos a los sandinistas.

P. No sostener regímenes indefendibles, es una cosa. ¿Pero llegaría usted a aplicar contra los que constituyen una verdadera amenaza medidas de presión?

R. Naturalmente. En el caso de Irak, nosotros actuamos. Pero éramos las víctimas de nuestra propia timidez: es cierto que la operación no tenía sentido sino en la medida en que Saddam Hussein desapareciera. Aterrorizados con la idea de convertirnos en impopulares en otros países árabes, olvidando que la mitad de dichos países árabes hacían parte de la coalición, los occidentales interrumpieron las operaciones militares anticipadamente... Frente al Líbano, la determinación occidental, no obstante un reciente fortalecimiento, es aún menos clara. Pero no podemos vivir dentro de una comunidad internacional en la que el jefe de un Estado pase su tiempo organizando atentados dirigidos contra el resto del mundo. Es todo. Hay que decirlo fuerte y duro, sin falsa vergüenza, y actuar en consonancia.

P. ¿Aspira usted que frente a Saddam Hussein, a Kadhafi, a los dirigentes iraníes o de la Siria de Hafez el-Assad, las democracias entablen desde ahora un procedimiento de sanciones o acentúen aquellas que ya tomaron?

R. Sí, así lo espero. Una vez más, no se trata de saber si tenemos el derecho a hacerlo o no. Pues, y lo repito, un mundo que permite que estos regímenes se mantengan no es viable. Hay que explicar las razones de nuestra actitud. Si los egipcios no comprenden por qué imponemos sanciones al Líbano, será necesario hacerles la siguiente pregunta: "¿Usted aceptaría que Bélgica se convirtiera en una guarida de terroristas que vengan a poner bombas al Cairo o a Alejandría, con el apoyo o la conveniencia de la Comunidad Europea? ¿Qué diría usted si tuviera la prueba que, después de veinte años, el rey de los belgas sostiene las redes terroristas, financia terroristas en su territorio, y los entrena en el territorio belga? ¿Encontraría esto nor-

mal?". Y podríamos agregar: "si la solidaridad árabe consiste en encubrir los actos criminales contrarios al derecho internacional, no pidan después ocupar un asiento en la comunidad internacional. Si quieren ser escuchados, hay que situarse en el marco del derecho internacional y, en consecuencia, eliminar los maleantes de su territorio".

P. Utilizaría usted el mismo discurso en Siria, y en Irán?

R. Evidentemente. El hecho de que Siria se haya agrupado a nuestro lado durante la guerra del Golfo no justifica su comportamiento. En cuanto a Irán, nosotros detentamos las pruebas de culpabilidad de los dirigentes iraníes en el asesinato de Chapour Bakhtiar en territorio francés. Los jefes de Estado y de gobierno, que están tan ávidos de declaraciones públicas en televisión, no deben dudar en proclamar: "Tenemos las pruebas de que fueron ustedes los que cometieron el crimen; nosotros consideramos entonces que vamos a tener relaciones normales con ustedes". Olvidamos siempre que los regímenes totalitarios son extremadamente vulnerables y que es suficiente con poco para que los escuchemos. La descomposición imprevista de la URSS, ¿no lo ha comprobado?

P. En suma, la misión de las democracias consiste en desestabilizar a los desestabilizadores...

R. La misión de las democracias es, en primer lugar, decir la verdad. Para qué buscar desestabilizar cuando es suficiente muchas veces con no mostrarse complacientes frente a ellos y con no armarlos y financiarlos, cómo armamos y financiamos a Irak.

En sentido inverso, es necesario citar la eficacia de la acción humanitaria. Lo humanitario está ligado a lo político, porque está condenado a estar eternamente recomenzando si no destruimos los regímenes políticos que llevan a los pueblos a la miseria y que los exterminan. Si, como se dice frecuentemente a justo título, no existe hoy ninguna situación estrictamente local, si todos los problemas son internacionales, entonces es necesario que lo sean hasta el final y en todos los aspectos. Desde luego, en este momento, nos guste o no, hay una sola potencia capaz de actuar a escala mundial, y sin la cual la ONU no puede hacer nada: los Estados Unidos. Podría haber una segunda: Europa unida. Pero, desafortunadamente y en contra a lo que pretenden sus opositores, el tratado de Maastricht no organiza la unidad política y estratégica de Europa.

P. ¿Usted estuvo de acuerdo con Ronald Reagan cuando ordenó bombardear a Trípoli?

R. Sí, por dos razones. Primera: después de este bombardeo, Kadhafi estuvo tranquilo durante dos años. Segunda: si nosotros hubiéramos apoyado a los Estados Unidos y contribuido también a pelear contra el régimen de Kadhafi, el atentado contra el avión francés en Chad no se hubiera producido jamás. Los gobiernos que se negaron a prestar ayuda a Reagan para derrocar a Kadhafi son responsables de los muertos de este horrible crimen.

P. Entre los hombres de Estado vivos, franceses o extranjeros, ¿cuáles son los que, según usted, han sabido luchar mejor contra todos los vicios que usted denuncia?

R. Esto depende del período al cual uno haga referencia. Ninguna persona es permanentemente un gran hombre de Estado. El mismo hombre puede tener reacciones diferentes según los momentos. En desorden, citaría a Mitterrand, aunque esté lejos de apreciar su política, pues tuvo una actitud valiente en las discusiones sobre los euromisiles en 1983; Margaret Thatcher en el momento del bombardeo a Tripoli; George Bush durante la guerra del Golfo; Ronald Reagan, que tuvo el mérito de comprender en 1980 que la distensión estaba muerta. Agregó que en el mismo momento alguien tan respetable como Helmut Schmidt adoptó sobre Afganistán un perfil bajo, con el pretexto que no había que “poner obstáculos a la distensión”. ¿Como si la distensión no acabara, precisamente, de ser asesinada por los soviéticos!

P. Una última pregunta. ¿Cual es su definición del hombre de Estado?

R. Para mí, un hombre de Estado debe reunir tres cualidades: convicciones, habilidad práctica y el arte de convencer. Si únicamente posee el arte de convencer pero no convicciones, será poco eficaz. Si es un experto en intrigas políticas, como Mitterrand, pero está desprovisto de una verdadera filosofía, su habilidad será vacía. De hecho, los verdaderos hombres de Estado son más bien raros: Pericles, De Gaulle, Richelieu, probablemente Disraeli... Citaré también —aunque no estoy de acuerdo con lo que hizo— a León Blum. Desde luego León Blum no era un oportunista puro; él sabía lo que quería hacer y tenía en cuenta los obstáculos que la realidad le imponía. Al contrario de Allende, que se imaginaba poder reconstituir de pies a cabeza la sociedad chilena con 33% de votos, Blum, que había sido elegido justamente, tenía conciencia de los límites que le imponía la realidad francesa. Adicionaré una cuarta cualidad: la capacidad de decidir y de actuar teniendo en cuenta los riesgos, tanto en la realización de las reformas de fondo como en las situaciones de crisis, que exigían rapidez. Esta cualidad, por ejemplo, Mitterrand no la tiene. Mientras que Kohl, en el momento de la reunificación alemana, mostró que la poseía. Se manifestó como un hombre de Estado: visión justa, rapidez en la acción.

P. ¿Y Boris Yeltsin?

R. Le doy el beneficio de la duda bajo la reserva de un examen posterior. Yeltsin fue el primero que voluntariamente dimisionó del politburó para provocar un conflicto. Fue igualmente el primero que abandonó el Partido Comunista, el primero que se hizo elegir por sufragio universal, y el primero que disolvió el PCUS antes de prohibirlo pura y simplemente. No está mal, confesémoslo. Si Gorbachov hubiera tenido la valentía de hacerlo todavía estaría en el poder... Pero él, por el contrario, no se podía decidir. Esto se convirtió en un síntoma patológico. Esto demuestra, que las dificultades objetivas para lograr salir del comunismo son inmensas, desconocidas y que Rusia nos reserva todavía más sorpresas. De igual manera que Occidente no pudo comprender el comunismo, hoy no comprende la salida del comunismo, el grado de desertificación económica, política, cultural, moral, intelectual que estos países sufren por el error del comunismo. Cómo volver de nuevo cultivable y fértil un terreno esterilizado por el desastre nuclear: esta es la tarea que le espera a Yeltsin.